

# Manuel Andújar, literatura y conciencia

**T**engo muy vivo el recuerdo. Era una mañana de primavera. O —al menos— quiero yo creer que era mañana y que era primavera. La luz entraba a raudales por el amplio ventanal de la habitación. En el cuarto del hotel, próximo a la Gran Vía madrileña, nos habíamos congregado como haces de luz atraídos por el mismo foco, personas provenientes de lugares muy dispares. Allí estaba la crítica y profesora puertorriqueña Nilita Vientós, la novelista española Elena Soriano, el editor Ricardo Aguilera y su mujer, así como yo mismo con la mía; a todos nos había reunido el matrimonio Andújar. Era yo entonces relativamente joven, y tanto Ananda como Manuel se me aparecían cual seres míticos. Se decía que Ananda había vivido en la Unión Soviética y había contraído segundas nupcias en México con el novelista que hoy homenajeamos; de Manuel Andújar sabíamos que había vivido en Chile y en México, pasando en este país por las más diversas peripecias profesionales y personales. Aquella pareja singular me evocó entonces el dramático destino de dos seres a quienes la marejada de la historia arrastró muy lejos y vapuleó a su gusto durante años, arrojándolos finalmente —en acto de justicia cósmica que sólo a la naturaleza le es dado ejercitar— a las mismas playas de donde les había tomado la marea. Al mismo tiempo —y a pesar de haber sido irracionalmente zarandeados por aquellas contradictorias corrientes de la historia— ni Ananda ni Manuel habían perdido el norte ético de sus vidas, presentándose como ejemplares vivos en que se encarnaba la dignidad y la hombría de bien: representación así arquetípica de que esos supremos valores pueden mantenerse siempre, en medio, incluso, de las condiciones menos favorables.

## La experiencia del exilio

He empezado con esta evocación anecdótica —inicio, a su vez, de una amistad personal que se ha mantenido hasta su muerte— las reflexiones que me propongo hacer sobre la obra ensayística de Manuel Andújar, porque creo que tienen mucho que ver con lo que voy a decir aquí. El talante ético de su figura humana penetra en su literatura, empapándola en todas sus dimensiones y dotándola de una insospechada capacidad de asunción e integración de las más variadas experiencias personales. La obra de Andújar asimila en unidad peripecias culturales, profesionales y geográficas enormemente variadas, permitiéndole dotar de sentido y asumir en una síntesis superior todo el decurso biográfico o intelectual de su existencia. Por eso puede aplicarse a él la cita con que él mismo se refiere a otro autor: «La obra literaria, tanto en su génesis como en sus proyecciones, es un fenómeno de conciencia. La expresión verdadera, misteriosa, más allá siempre de fórmulas, modas y preceptos, refleja con natural abigarramiento, la reacción íntima, orgánica, del hombre ante su mundo, único espejo de la riada eterna donde las imágenes se marcan, y enmarcan, y las sombras desprenden radiante hechizo»<sup>1</sup>.

Esa «riada eterna» muy bien pudiera ser la del propio Manuel Andújar, saliendo en 1939 de España con la abigarrada muchedumbre que abandona el país tras la guerra civil. Y es que ése es, en efecto, el comienzo de una andadura humana, donde conciencia y literatura se mezclan en simbiosis indiscernible. Así se refleja en su primer libro, *Saint Cyprien, plage (Campo de concentración)*, que publica en 1942, al poco de llegar a México, y donde nos rinde cuenta de aquella experiencia que fue la convivencia de los republicanos exiliados en un campo de concentración francés, vigilados y humillados por soldados senegaleses. Muy cerca estaba Antonio Machado, agonizando en Collioure, cuya permanencia simbólica es inequívoca a lo largo de toda la obra de Andújar, como un espejo en que —como él mismo dice en el citado párrafo— «las imágenes se marcan y enmarcan y las sombras desprenden radiante hechizo». Que la sombra de Machado ha desprendido siempre ese radiante hechizo sobre Andújar es algo que veremos en estas páginas.

De momento, detengámonos en el hombre-escritor que tiene esta primera experiencia del exilio, sin olvidar la que le precedió de forma inmediata: la de la guerra civil, vivida entre los 23 y 26 años, en un primer plano, donde se mezclan lo existencial y lo literario; las impresiones en el frente de batalla se traslucen después en sus colaboraciones periodísticas que ya firma con el nombre de Manuel Andújar, identidad inicial de una personalidad que se irá fraguando a lo largo de toda una vida. Quizá convendrá

<sup>1</sup> M. Andújar, «Oriente y Occidente en Hermann Hesse», *Revista La Universidad*, n.º 5, sept.-oct. 1965, págs. 121-122.

hablar aquí de una prehistoria de Manuel Andújar al modo en que Aurora de Albornoz lo ha hecho de Antonio Machado<sup>2</sup>, pero es un tema sobre el que no tengo documentación para su justo desarrollo y que dejo a futuros investigadores de su obra. Es evidente, en cualquier caso, que en 1939 Machado está viviendo el final de su periplo humano, mientras Andújar inicia entonces el suyo —¿para tomar quizá su relevo? Aunque la pregunta quede sin contestar, constatemos al menos una similitud en el temple con que uno y otro van a vivir su peripecia existencial y literaria.

En esa similitud hay que destacar la actitud de Andújar ante la experiencia del exilio. Si éste es en Machado la última etapa de un itinerario vivido siempre con autenticidad, en Andújar se convierte en el comienzo de una andadura humana que el poeta sevillano —sospechamos— hubiera vivido con una óptica y una disposición muy parecidas. En ellas la preocupación por el problema español —que con el exilio producido por la guerra civil se habría radicalizado— tomaría su primacía intelectual, literaria y humana; preocupación que en Andújar tomó una actitud civil similar a la que se habría producido en Machado.

## El acento literario de una actitud civil: la apertura a otras culturas

La vivencia de la guerra y la posterior del exilio van a ser la plataforma sobre la que se alza una continua y lúcida reflexión sobre la historia, la sociedad y el hombre españoles. Esta actitud civil en la que Manuel Andújar trasluce la solidaridad con su pueblo va a adquirir un tono eminentemente literario que se manifiesta en una amplia obra de muy diverso calado: crónica, novela, cuento, poesía, teatro, ensayo... se alternan en su producción. Pero no interesa aquí tanto el género literario en que se expresa como el tono vital con que lo hace, así como la indagación literaria a través de ópticas y perspectivas diversas. Si Antonio Machado fue autor de heterónimos —o apócrifos, como él mismo llama a sus Juan de Mairena o Abel Martín—, no menos ocurre con el Andrés Nerja de Andújar, personaje que aparece en los más diversos lugares de su obra; lo mismo se explaya en una labor ensayística de carácter crítico que reaparece como personaje de una novela. El mismo Andújar se refiere a él como participante, «muy de niño, en los cursos postrimeros de la Escuela Popular de Sabiduría, encomendados a Juan de Mairena»<sup>3</sup>, al tiempo que le considera en otro lugar «mi colega de secretas fatigas y públicas utopías»<sup>4</sup>, en un texto que es todo él evocación de Antonio Machado; lo llama Andújar «resonancias» del espí-

<sup>2</sup> A. de Albornoz, «La prehistoria de Antonio Machado», en *Ínsula*, XVII, 182, 1962.

<sup>3</sup> M. Andújar, «Epístola a José Ramón Arana, amigo y compañero», en *Grandes Escritores Aragoneses en la Narrativa Española del siglo XX*, Ediciones Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1981, pág. 170.

<sup>4</sup> M. Andújar, «Resonancias de Antonio Machado», *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1975-enero 1976, núms. 304-307, pág. 6.

ritu machadiano y se refiere en él a la edición de *Obras completas* del poeta, publicadas en la Editorial Séneca, bajo la dirección de José Bergamín, como «libro de cabecera» con estas palabras: «Nuestro libro de cabecera. El ensueño conduce al sueño: España, las Españas, la España peregrina, la España anclada: abierto y cerrado el círculo mágico. Monodialogo periódico con la obra impar, entre físico, concreto, hábito confesional por atracción e incitación. Evitó, impide, el que nos recostemos en la castiza soñarrera, en el dormir pánfilo, en los despertares inertes. O en la vigilancia tópica, que no crea, y en trueques engañosos, aletarga aún más»<sup>5</sup>.

En definitiva, es la actitud de solidaridad y responsabilidad civil la herencia más clara de Antonio Machado sobre Manuel Andújar, y eso se aprecia en su cuidadosa atención a las más diversas culturas y tradiciones españolas. Sorprende a primera vista —aunque la paradoja, como veremos, sólo es aparente— que sea un andaluz, con vocación de andaluz además, quien primero se ocupe en el exilio de la literatura catalana. En una fecha tan temprana como noviembre de 1949, Andújar pronuncia en el Ateneo Español de México su conferencia *La literatura catalana en el destierro*, que luego se convertirá en base de un largo estudio. Tras analizar algunos de los nombres más representativos de esa literatura —Aveli Artis, Agustí Bartra, Xavier Benguerel, V. Riera Llorca, Jordi Vallés, Josep Ferrater Mora, Eduardo Nicol, etc.—, su opción es clara:

Útil es conocer la literatura francesa, al igual que la inglesa o la alemana o la rusa. Pero, como español, me importan más, mucho más, las letras catalanas y portuguesas, porque su sentido y su voz secular constituyen también mi sangre y mi sensibilidad, y me indican el futuro colectivo. Creo, asimismo, que a un escritor catalán consciente de su misión, de franco impulso, deberían apasionarle preferentemente las literaturas que, con la suya, integran el conjunto hispánico. (...) Y si, por desgracia, esta actitud racional y creadora no existe hoy en la dimensión necesaria, imperiosa obligación de los españoles de buena voluntad es poner manos al trabajo, al noble empeño, empeño de obreros y poetas, de forjar a España —con ésta y otras armas pacíficas— a través de las Españas<sup>6</sup>.

Esta preocupación por abrirse a otras Españas, volverá a ponerse en práctica con su estudio sobre la novelística aragonesa recogida en su libro *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX* (Zaragoza, 1981), donde dedica amplios estudios a Benjamín Jarnés, Ramón J. Sender y José Ramón Arana; este último es una de las claves biográficas más importantes para la comprensión de Andújar como hombre y como escritor. Quisiera destacar aquí, sin embargo, su largo ensayo «Ramón J. Sender y el Nuevo Mundo», donde Andújar se ciñe a un tema tan poco estudiado como menesteroso de atención. La visión mexicana de Sender y su preocupación por los temas del mestizaje racial y cultural —recordemos su *Epitalamio del prieto Trinidad*— son propuestas de meditación para un acercamiento al

<sup>5</sup> Ibid., pág. 1.

<sup>6</sup> La literatura catalana en el destierro, México, 1949, págs. 41-42.